

Alemanes en Hollywood

El cine alemán, que un día estuvo al frente del europeo y que conquistó el favor de todos los públicos, especialmente en la década de los veinte a los treinta, dió un bajón luego, sólo amortiguado por algún acierto de realizadores nuevos, como los films de Veit Harland o los de Gustav Ucicky. Muchos directores del cine mudo vivían ya en Hollywood, donde no podían dar muestra de arte que no viniera controlada por los todopoderosos consejos económicos de las grandes productoras americanas.

Así terminaron en el anonimato casi sus carreras Josef Von Sternberg o Fritz Lang, que cada vez nos convence menos. Recordemos sino, aquel horrible «Secreto tras la puerta», o los «westerns» a que ha tenido que rendir culto.

El centro de los realizadores alemanes es Alemania. Sería muy de desear que se restableciera económicamente la industria cinematográfica germana, porque de ello nos habríamos de beneficiar todos. Es muy distinto que un actor pase de una a otra cinematografía a que lo haga un animador; este último ve interferido necesariamente su trabajo por imposiciones que nada tienen que ver con su modo personal de hacer cine. Así le ocurrió a Eric von Stroheim. Willy Bilder es un caso distinto: es vienés, y su modo se adapta a esferas más universales. Lo mismo Max Ophuls. Pero es preciso repetir que el verdadero puesto de los realizadores alemanes está en Alemania. Bastante beneficiado ha salido ya el cine yanqui con su labor técnica.

EL FILM DE GANGSTERS

Pertenece a una generación que se ha nutrido de emociones cinematográficas intensas. El género violento y viril de los films de gangsters, que, por desgracia, han reflejado siempre lo que en realidad ocurría en el seno de nuestra sociedad, se ha impuesto, y si bien sufrió una debilitación debido al círculo vicioso en que cayó hará unos doce años, se ha rehabilitado con creces después de la segunda guerra mundial y

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS, 9 NOVIEMBRE DE 1950

INVITACION AL VIAJE

7 DIAS

Antes creía que algún día iba a poder viajar.

Con esta esperanza no me preocupé jamás de la llamada literatura de viajes. A lo sumo prefería la de los novelistas de aventuras en países extraordinarios, imposibles de hallar en un mapa. Pero desechaba por sistema aquellas narraciones de ciudades y tierras que realmente existen: no me gustaban. Alguna vez las vería con mis propios ojos.

El tiempo pasó. No he viajado, y los años corren vertiginosos. Un día, al azar, mi mano tomó un libro de la alcancía: «Ciudades de ensueño», de Gómez Carrillo. Después me encontré sumergido, cada vez con mayor interés, en los artículos de las revistas misionales, que me hablaban de los cuatro puntos cardinales, desde Alaska al Kilimanjaro y del Himalaya al Amazonas. Las narraciones de viajes de los grandes escritores españoles me atraen: Azorín, Baroja, Unamuno, Vergader...

Ultimamente descubrí en una revista francesa una rúbrica de Jean Galloti con el mismo título que encabeza este mi artículo. Suele el periodista galo recorrer con su esposa la tierra francesa, y relatar después con un singular poder de evocación aquellos lugares por él visitados, de los que su esposa hace expresivos apuntes a la pluma. Así, me he sumergido en una ciudad antiquísima de Francia: Senlis. El nombre todavía no me dice nada ahora. Podría ser éste u otro. Ni me he preocupado de localizar la ciudad en ninguna región natural. ¿Está

hoy día vuelve a privar, colmado de emociones nuevas, por diferentes. La introducción de nuevas técnicas narrativas adecuadamente aprovechadas, («Forajidos»), o la revelación de secretos policiales («La calle sin nombre», «Al rojo vivo») más la resurrección del sistema directo de exposición del

en Normandía? ¿En la Champaña? ¿Périgord? Da lo mismo. Es una ciudad recoleta, llena de vestigios romanos y medievales. Todavía en ella una especie de cofradía medieval de arqueros hace sus ejercicios cada domingo en un coto cerrado por rústica valla. Un pájaro de madera es el blanco: está a más de cien metros, por lo que es de suponer que tiran con arcos de especial potencia. Cuando uno de los compañeros muere, los demás hacen una ceremonia fúnebre que consiste en unos ejercicios de tiro. Como los del Rey Artús, casi. Tienen su organización militar y diferentes grados: capitán, condestable, rey...

El autor del artículo, buen francés, se extiende acerca de las reliquias históricas de Senlis. Para mí, basta con este retazo de vida que saca de la entrevista con uno de estos arqueros de filiación medieval. A medida que uno avanza hacia el norte de Europa, tengo entendido que abundan más estas ciudades en las que el tiempo parece haberse detenido al lamer sus murallas o sus canales. A este sazón recuerdo otro viaje que realicé siendo un jovencito. El barquero: Rodembach. El término: «Brujas, la Muerta», una novela de corte romántico donde, por encima del conflicto, ondeaba lentamente el ambiente, la bruma y la fina lluvia de la ciudad belga de los mil canales. Y esto es lo mejor de la buena literatura de viajes: el poder de arrebatarnos a otro ambiente distinto del nuestro, de hacernos volar como en una alfombra mágica, o calzados con botas de siete mil leguas. — J. V. A.

problema siguiendo una línea que arranca desde «Scarface» («Una vida marcada», «Dillinger») han devuelto a la película de gangsters todo su valor. Recientemente han llegado a nuestras pantallas muestras elocuentes de este aserto. Y otras están por llegar.

J. VALLVERDU A.

Dalí otra vez

Ya ha llegado Salvador Dalí a la categoría de esos personajes que vienen a ser, por decirlo así, un precioso recurso para los periodistas faltados de asuntos para sus crónicas y reportajes.

¿Cuántas entrevistas con don Pio Baroja hemos leído en los públicos papeles? ¿Cuántas anécdotas de Benavente o de Bernard Shaw? ¿Cuántas veces se nos han pormenorizado algunos episodios de la historia contemporánea, con tan detallada y reiterada información gráfica, que acabaremos por sabernoslos todos de memoria?

Del famoso pintor surrealista Salvador Dalí hay pues que hablar de vez en cuando, si no quiere uno pasar por hombre que no vive al día, sordo a las palpitaciones del tiempo, como diría el filósofo de las glosas.

Pero se da el caso de que lo que ahora nos tienta no es precisamente el Dalí de la actualidad, sino el de otros tiempos. De aquellos en que el joven pintor ampurdanés, recién salido como muy aventajado alumno de la Escuela de Bellas Artes de Figueras ingresaba en el cenáculo de «los tres mosqueteros» del arte vanguardista, J. V. Foix, P. Casanyes y Sebastián Gasch, y colaboraba con ellos en aquella excelente *Gazeta de les Arts* que se publicaba en Sitges.

De aquella época—ya algo lejana—es aquel estridente *manifiesto* de Dalí, del cual, y en la imposibilidad de dar aquí más extensa referencia, nos limitaremos a copiar algunas de sus conclusiones.

I. - *Abolición de la sardana.*
II. - *Combatir, por lo tanto, todo lo que tenga carácter típico local o regional.*
III. - *Considerar con desprecio todo edificio que pase de los 20 años de edad.*
IV. - *Propagar la idea de que realmente vivimos en una época post-maquinista.*
V. - *Pro-agar la idea de que el cemento armado existe realmente, y de que realmente existe la electricidad, Etc. etc.*

A partir de esta época, las pinturas de Dalí—sin duda por no ser menos que sus producciones literarias—se iban haciendo cada vez más enigmáticas, y sus títulos—como aquel de *La mel és més dolça que la sang*—contribuían con premeditada sagacidad a la confusión y al despiste.

Preguntábase en cierta ocasión un periodista: — ¿Cada lienzo